

Capítulo 8

Un modo de vivir entre juego, arte y enseñanza

Entrevista al Lic. Emiliano Segura realizada por Manuel Dupuy

Manuel: Emiliano, ¿me podrías contar de tu trayectoria, de tu formación? ¿Dónde te estás desempeñando actualmente?

Emiliano: Yo vengo de una familia de cuatro hermanos, una familia con sus particularidades, con un superyó elevado, con un nivel de exigencias elevado, bastante ortodoxa. Hice la escuela primaria en un colegio de monjas, muy tradicionalistas. Después, cursé el secundario en un colegio técnico, donde la exactitud, la precisión, la rendición, estuvieron siempre acompañándome. El rigor siempre estuvo cerca en el amplio sentido de la palabra. Después del secundario, había una gran influencia de mi padre para que yo fuera ingeniero mecánico. Hago tres meses y dejo, fue un castigo para mi familia. Me hicieron un test y salía mucho el juego, el deporte, lo artístico. En ese momento, lo que encuentro más cercano es el deporte, entonces, luego de dejar ingeniería, comienzo educación física en el Instituto de Banfield (privado).

Me costeo los gastos empezando a ejercer la docencia, porque terminé el secundario con el segundo mejor promedio y, entonces, me convocan para dar talleres de carpintería. A los diecinueve años empiezo la docencia formal, porque desde lo no formal arranqué en la parroquia estando en un colegio católico a los doce años. Con un grupo a cargo, coordiné acción católica, o sea siempre ligado a enseñar (no sé cómo llamarlo).

Termino el profesorado, hago el curso de guardavidas, porque me gustaba el agua, y fue la natación la que me llevó a hacer el profesorado. Cuando termine este recorrido, te cuento por qué todas estas cosas son lo que yo soy ahora. Sigo: luego, el curso de natación y árbitro de natación en la Fundación Natación y Vida. Cuando lo finalizo, comienzo la Licenciatura en Educación Física en la Universidad Católica de La Plata. Me recibo y no me sentía satisfecho, ya que me gustaba mucho el juego, el jugar, entonces hago la Tecnicatura en Recreación y Tiempo Libre en Capital Federal. La curso completa, además de haber hecho variados cursos en el medio y, después, hice un receso de estudio y hace dos años arranqué la Licenciatura en Artes Plásticas en la Universidad de La Plata. Pero me inscribí en tres materias que ahora no estoy cursando. Tengo ganas de seguir, pero bueno...

¿Qué me lleva a mí al deporte? ¿Qué me lleva a mí a todo esto? Te lo voy a decir porque me parece que es importante. En mi casa éramos cinco hermanos y había cierta violencia. Entonces, cuando yo veía mal a mis hermanos, inventaba personajes y juegos para que ellos se pongan bien. Entonces, el jugar nace como una manera de aprender a sobrevivir a la angustia.

Una operación de chico, peritonitis aguda, me genera una escoliosis. Los médicos le dicen a mi mamá que debía hacer deporte, previa intervención kinesiológica, donde mi mamá solía tirarme en la cama o en la mesa del comedor y hacíamos ejercicios. A todo esto, yo no quería hacerlos, mis hermanos se reían. Iba a la clase de educación física y mi mamá le decía al profesor que yo tenía que hacer esos ejercicios, y mis compañeros jugando y yo haciéndolos... horrible. El tema es que tuve que hacer natación, me conecté mucho con el agua y el deporte, ese rigor del que te hablo, y la disciplina técnica me hizo como entrenar

mucho. Fue lo que después, por ahí, me hizo elegir la carrera de educación física.

Así que, bueno, más o menos ese es mi recorrido desde lo familiar, emocional e histórico para haber elegido lo que elegí como profesional.

Manuel: ¿Cómo podrías definir a la educación física actual? ¿De qué manera la pensás?

Emiliano: La educación física para mí está en una etapa de pleno cambio. Sabemos que hay mucha gente a la que “se le están quemando los papeles”. Los/as chicos/as no van a la clase, no les gusta lo que hacen, creo que esto es hasta sano, o sea, nos están planteando que tiene que haber un cambio. Todas las disciplinas están en permanente cambio y yo creo que estamos en un punto bastante crítico que es interesante, porque tenemos las viejas concepciones de la educación física, deportivistas, del rendimiento, y tenemos las nuevas concepciones. Hay como una puja. Yo creo que, si me preguntás cómo la veo, te digo que en pleno cambio, en una crisis y revolución interna.

Manuel: Y volviendo al juego, ¿qué importancia tiene en tus clases? ¿Qué pensás que les deja a tus alumnos/as? ¿Desde qué posicionamiento mirás el juego en tus clases?

Emiliano: Es muy importante lo que preguntás. Te conté todo lo de antes porque, en realidad, no es que el juego está en mis clases. Para mí no hay una división entre mis clases, el juego y la vida cotidiana, es un continuo, o sea, mi existencia es la misma en mi casa que en la clase, soy el mismo y hago lo mismo y trato de molestar lo menos posible al alumno/a. O sea, yo voy y le propongo, y si le interesa, bien, y si no, bueno, le pregunto si hay algo distinto o diferente para hacer. Es como un continuo. Les digo “vamos a jugar”, porque es como que el juego es un continuo, en todos lados hay cosas para jugar, porque yo juego todo el tiempo. Ahora juego a crear, pintar, hago cultura porque es lo que evita que yo me angustie y, por otra parte, posibilita que el nivel de creatividad siga creciendo.

Manuel: De alguna manera permitís que ellos/as exploren, inventen, desarrollen, innoven, que traigan propuestas... Estás permeable siempre.

Emiliano: Sí, totalmente.

Manuel: ¿Y cómo lo hacés?

Emiliano: Depende del ámbito del que me hables. Por ejemplo, primero que no impongo, me molesta imponer. Lo que yo siempre les digo a mis alumnos/as es que ellos/as tienen que aprovechar el tiempo: "El tiempo que estoy en la clase es tiempo que yo vivo, es tiempo de mi vida, estoy viviendo acá con ustedes". Creo que cada clase es, o sea la pedagogía es, encuentro. Yo voy a la clase y es mi tiempo, vale mucho, vengo a vivir acá y vivo, no escindo entre vida y trabajo, es un continuo, no es perder tiempo. Yo ahora llego a mi casa y me pongo a revocar, a hacer cosas y es un continuo, no es que estoy pensando en que se me va el tren. Les digo "Valoren el tiempo y disfrútenlo", yo quiero que sean sujetos plenos. Veamos un ejemplo: "Profe, no me gusta jugar al fútbol", "Bueno, ¿querés jugar al hándbol?". "No, no me gusta". "¿Querés jugar al vóley?". "No me gusta". "¿Querés jugar al ajedrez?". "No, tampoco me gusta". "¿Querés traer la guitarra?". "No". "¿Querés dibujar?". "Sí". "Bueno, dibujá".

Manuel: ¿Podrías contarme algo más sobre esto último?

Emiliano: Es que yo no soy quién para imponerle al otro/a algo. Sería una falta de respeto si lo que quiero es enseñarle, o por lo menos transmitirles desde mi existencia, que sean plenos en cada instante. "Yo estoy acá con ustedes, no sé si salgo a la calle y seguiré vivo". Entonces, ser plenos todo el tiempo es lo que planteo.

Manuel: No diferenciás.

Emiliano: No, no, es una cuestión mía. Sí me molesta el/la tipo/a que no lo disfruta porque, en realidad sí trato, por ejemplo, de erradicar

esto de tirarse con los auriculares a escuchar música, más allá de que está bueno. Pero yo siempre digo que las grandes ideas o las cosas avanzan también mientras estás haciendo otras al mismo tiempo. O sea, vos podés pensar en tu novia/o, los problemas de la casa, o podemos pensar juntos mientras yo dibujo y vos leés, mientras pintamos, mientras jugamos a la pelota. En los/as adolescentes es difícil esto, por eso siempre hay una propuesta y entonces soy un convencido de que, por lo menos en mi clase, el/la que no hace algo es porque no lo quiere hacer, porque está abierta a lo que ellos deseen hacer.

Manuel: Vos das riendas sueltas a que aparezca lo lúdico, las artes, lo literario y artístico.

Emiliano: Sí, porque en realidad, lo que te gusta hacer tiene que ver con lo lúdico todo el tiempo.

Manuel: ¿Solés intervenir en algún caso puntual?

Emiliano: Cuando hay violencia, sí. Pero no solo cuando hay violencia de golpes o verbales. A veces hay violencia gestual, marginación, indiferencia, ahí sí intervengo. Cuando hay violencia y cuando hay pulsión de muerte en la clase. Por ejemplo, no podemos jugar a asustar a alguien, no me parece que conduzca a algo saludable.

Manuel: Yendo a la intervención, ¿en ciertas ocasiones solés apartarte de la situación lúdica? ¿Qué hacés en ese momento, estás predispuesto? ¿Mirás, observás, qué rol cumplís?

Emiliano: En un terciario, profesorado, por ejemplo, llevo una propuesta, o sea, llevo propuestas de juego que yo ya viví y que me parece que está bueno que las experimenten. Son siempre propuestas abiertas. Por ejemplo, digo: "Vamos a traer...", "La semana que viene vamos a jugar...". Trato de compactar conceptos y hacerlos juegos. Suelo decir: "Hoy vamos a trabajar en el aula de una manera distinta, vamos a conectar el suelo del aula con el techo para que podamos ver que el espacio

donde trabajamos siempre es distinto y se lo puede ver de diferentes maneras. Entonces, ¿qué tienen que traer? Elementos para conectar el suelo con el techo, lo pueden hacer con cajas, corchos y escarbadientes, los meten en bolsas tubulares, las inflan y las aprisionan". O sea, que el juego ya comienza con la clase anterior, cuando pido o digo con lo que vamos a trabajar o "tiro" el concepto y comienzan a trabajar, si se comprometen. En mis clases trabajan como quieren, solos/as, en grupo, y cada cual elige con quién quiere trabajar.

Manuel: ¿Estás dispuesto a la escucha, al diálogo, a que puedas dar alguna opinión democrática?

Emiliano: Sí, obvio, todo el tiempo. Muchas propuestas salen de ellos/as y yo aprendo de ellos/as y las vuelvo a ingresar a la cátedra. Y algo interesante: por ahí no sé si está bien o es docencia lo que hago, pero cuando me preguntás qué hago, es así. Si veo que el proceso lúdico avanza y el grupo está comprometido, me pongo a jugar yo con otras cosas.

Manuel: ¿Te ponés a jugar aparte, solo?

Emiliano: Sí. Salvo que el juego que hagan me interese, no voy a hacer ese juego. Entro si lo que están haciendo me gusta a mí, para jugar. Porque yo sigo jugando, porque si yo no sigo jugando y no sigo avanzando en el juego no es genuino lo que estoy dando.

Manuel: Te involucrás con ellos/as, digamos.

Emiliano: Claro, sí. Me involucro cuando la propuesta me gusta y siento que tengo ganas de jugar a eso. Sino "me llevo" para jugar conmigo mismo, porque es un espacio donde yo vivo, me llevo mis cosas para jugar. Y ellos/as también lo ven. Por ejemplo, yo trabajo con maderas y llevo una navajita para tallar, y el otro día en el final de la clase un chico me regaló una navajita, diciendo que yo le doy mucho uso. O sea, te das cuenta de que ellos/as están viendo lo que uno hace. Entonces,

van a jugar y creer en el juego cuando vean que quien habla del juego, juega. Y no hablo mucho.

Manuel: Pero sí aceptás invitaciones a jugar, por lo que me estás contando.

Emiliano: Sí, más vale. Lo que pasa es que los/as chicos/as, cuando el juego es genuino, no te invitan, porque yo no soy del grupo. O sea, vos, cuando jugás, lo hacés con los/as que querés (refiriéndose a compañeros/as). Se juntan cuatro o cinco y juegan entre ellos/as. Por ahí vienen a mostrarte desde un lugar que tiene que ver con la hegemonía, “Profe, mire lo que hicimos”, buscando las felicitaciones y realmente no se las doy a las felicitaciones porque no soy quien. Tienen que entender que tiene que ser para ellos, no es para mí, yo no les voy a poner un diez si hicieron algo “súper” del piso al techo. Que hagan lo que les guste, no me tiene que agrandar a mí, los tiene que divertir a ellos/as. No deben trabajar para mí. Deben hacerlo para ellos/as, para su crecimiento. Pero pasa esto de “Profe, venga, mire” y si voy a ver y les digo qué bonito, los felicito, tienen un diez, pero porque el sistema lo exige. En definitiva, mi clase es un laboratorio de juegos. Venimos acá a jugar y acá hay que hacer y comprometerse y salen cosas fantásticas.

Para que te des una idea, un día llevamos juguetes de la infancia (en el profesorado) y había soldaditos, autitos, y había que armar una escena. Teníamos una *play* prendida, una *wii* (videojuegos), cartas, había de todo. Y la escena de los muñequitos la trajo un chico, y vos sabés que iban pasando e iban cambiando los soldados de lugar, como moviendo la escena, era fantástico, y después iban y jugaban a las cartas. Esto de que es muy abierto, diferente, asusta al que no entiende, desordena, genera mucho conflicto y se lo trata de erradicar del sistema porque pareciera no ser educativo.

Manuel: ¿Está mal visto, o como poco productivo?

Emiliano: Claro, como que el/la docente, en lugar de hacer docencia, se amolda a la estructura. Y yo digo que, como docente, vivo, voy a la

escuela a vivir y voy a jugar. Le puedo preguntar a un/a alumno/a: “¿A vos que te gusta?”. Me contesta: “A mí me gusta cocinar”. “Bueno, entonces vamos a traer un anafe, una olla y vamos a cocinar en el aula, porque si te gusta jugar a cocinar, ¿por qué no?”. Estamos hablando desde ideas, y a veces asustan porque el/la que no puede entender se queda en las limitaciones. Pero tranquilamente podemos hacer algo así. De hecho, hemos cocinado en muchas clases porque es un lugar donde tenemos que aprender, donde el/la docente tiene que vivir, abrirse y ahí es cuando enseña.

Siempre intentás acaparar la heterogeneidad lúdica, atender los intereses, que nada quede suelto, que nadie esté disconforme de un juego. De algún modo, que cada uno/a llegue a complacer sus gustos. Porque, en realidad, apuntás al compromiso de cada uno/a. O sea, vos decís: “¿Qué hago? ¿Cómo intervengo?”. Bueno, arrancá la clase. El 90%, porque esta sociedad lo plantea, siempre va a estructuras conocidas. Y tenés un 10% que tal vez elijan. Bueno, supongamos que son diez pibes/as: tres van a dibujar, dos van al básquet, y hay otros dos que se quedan sin hacer nada. Es donde intervengo, cuando quedo como “haciendo agua”, diciéndome: “Bueno, intervengo”. Y hasta puedo respetar que dos o tres clases no hagan nada, porque sé que después va aparecer. Hablo con esos/esas alumnos/as, como dejando algo para que piensen “¿Qué te gusta hacer?”. Ya con esa pregunta tienen para pensar bastante.

Manuel: ¿Y solés proponer de manera democrática? Vos me contabas que no te gusta imponer, pero a lo mejor de una manera hablada, consensuada.

Emiliano: Si, sí. Intervengo, por ejemplo, cuando en el juego se marca una injusticia (continuando con el ejemplo). En un juego de pelota, un nene dice: “¡Vos vas al arco!”. “A ver, no. Siempre el mismo al arco no, cambios de jugadores, etc.” (intervención docente). Arbitro los medios para que no haya injusticias. A veces, trabajar de esta manera te cansa mucho y los profesores se enojan porque por ahí ocupo cinco o seis espacios en la misma escuela, ya que tenés de todo. Aparte, abrir el

juego significa varias cosas, que aparezcan con raquetas, etc., y a veces tengo que explicar esto, pero ya estoy acostumbrado.

Manuel: ¿Te logran entender tus colegas?

Emiliano: Muy poco. Yo le agradezco a Leo porque me rescató de una clase de inicial, con diarios (juego), y pudo ver este potencial. Fue a partir de allí cuando le pude dar forma para nivel superior. Pero también es una cuestión mía. La creatividad me hizo sobrevivir desde la infancia, es algo que dispongo y ahora pinto, hago escultura, por una cuestión de seguir yo, sentirme cómodo y no angustiarme en esto de seguir creando, ya que los/as mismos/as pibes/as a veces no siguen, porque todo el mundo está comprometido con el juego. A veces, lo establecido, lo cotidiano, lo que se cree “normal” o viene de la cultura anterior, parece que es lo que hay que hacer, lo que estaría bien. Para que te des una idea, por ejemplo, en un proceso de terciario, se puede entender la materia después del segundo cuatrimestre. Es ahí cuando notan por dónde viene la mano. Por ahí la estructura hace que los alumnos falten o digan: “¡No voy! ¡No sirve para nada!”. En realidad, yo siempre digo lo mismo: lo simple es lo complejo. La simplicidad hace difíciles las cosas.

Manuel: ¿Habilitás de algún modo a que un/a niño/a o grupo de niños/as le/s enseñe/n a los/as otros/as su juego?

Emiliano: ¡Pero más vale! En realidad, esta soberbia del docente, de creerse que la cosa es unidireccional, cuando empieza el juego, lo hace quedar afuera. Porque uno no puede entender, no puede interpretar todo lo que está pasando. Es muy difícil, es más, si alguien quiere aprender algo que vio de un compañero, yo no se lo enseño, que se lo enseñe ese compañero. Ni siquiera yo. “Profe ¿vio cómo hace?”. “¡Pregúntale!”, le respondo.

Manuel: ¿Delegás esa enseñanza?

Emiliano: Siempre, yo estoy para molestar. Cada vez que el adulto habla, más daño hace. Más silencio, más hacer.

Manuel: ¿Te sentís como un guía, un orientador, un enseñante? ¿Cómo te sentís en la clase?

Emiliano: No, no. Yo vengo a compartir con ellos, es un encuentro. Yo siento que soy un adulto feliz y lo que precisan los chicos son modelos de adultos felices. O sea, yo pienso en un/a pibe/a... ¿Cómo quién quiere ser? ¿Cómo el padre? Que quizás reniega por la plata, no llega a fin de mes. Como un tío que es un profesional de lo que no le gusta, pero privilegia el confort. Si me siento bien yo, si me siento pleno, el resto ya está. El docente enseña con los hechos, con su presencia. Porque ya basta, el/la pibe/a se cansó de la palabra.

Manuel: Cuando se presenta alguna situación que no coincide con tu manera de ver lo lúdico, ¿fundamentás o exponés alguna razón que sostenga esta manera de jugar recreativamente? ¿Qué les decís a tus alumnos/as de por qué es importante jugar de esta manera?

Emiliano: En realidad, es muy difícil, porque es mi palabra contra una estructura social súper sostenida, y también siento que, si yo hablo, pierden poder los hechos. Como que, si yo trato de explicar, la potencia de los hechos disminuye. Porque en realidad el alumno, cuando trabaja conmigo, no puede el mismo día pensar, preguntar. Porque la potencia del juego lo deja muy movilizado. Entonces decanta y, a la semana siguiente, por ahí viene a preguntarte algo. Por ejemplo, si hoy estamos en una fiesta de casamiento y salimos y me preguntás cómo estuvo la fiesta, aguantá a que descanse, duerma y mañana te cuento el baile, la comida. Y lo mismo pasa en el juego. Si el juego es muy potente, es muy difícil. Y cuando vienen a la semana siguiente no preguntan tanto. Porque es un proceso que es un gran signo de interrogación, así se graficaría. ¡A veces ni yo sé si lo tengo claro!

Manuel: Pero de algún modo, ¿por qué pensás que es importante jugar de esa manera y no de otra?

Emiliano: En realidad, porque tiene que ver con mirarse a sí mismo. O sea, yo busco un juego en el que me descubra yo, que me sienta bien, me genere placer y satisfacción. Y yo siento que en las concepciones del juego que conocemos siempre, inevitablemente comienza a aparecer la comparación, la medición. Acá es un descubrirse. Yo creo que, si cada uno se mirara sí mismo, listo, no pasaría. Aparte, porque no es algo para tomar a otro ser humano como patrón de comparación, de si corre, de si juega mejor, hace más goles, si salta. Me parece que el proceso de existencia es súper individual y particular, así como el proceso de juego.

Manuel: Hay tantos jugadores como personas hay jugando.

Emiliano: Totalmente, y múltiples detalles. Por eso, cuando vos me preguntaste al principio, te dije que era todo un contexto, porque tiene que ver con eso. (Refiriendo a la intervención en el juego).

Manuel: ¿Brindás razones buenas, sensibles, a las personas (alumnos/as) sobre la importancia de crear un clima de afecto, confianza, hospitalidad, acompañamiento, por ejemplo, donde aparezca en escena alguna imposibilidad de un/a niño/a y que otro/a venga a resguardarlo/a o incentivarlo/a?

Emiliano: En realidad, el docente es un mediador y facilitador, y debe hacer eso. Para mí, tiene que estar a un costado e intervenir, insisto, cuando hay injusticias, cuando hay violencia, cuando hay un hecho que no apunta a la pulsión de vida. Porque, por ejemplo, unos chicos me pueden decir que van a jugar con botellas de vidrio y las van a romper en el piso y van a tratar de hacer un río y cruzar de un lado al otro sin cortarse. Yo ahí digo que no me parece un juego sano. Porque no es que no me parezca un juego, de hecho, lo es. Hay juegos que no apuntan a la pulsión de vida, tenemos que entender que el juego es

muy amplio. O sea, esperar a que el tren pase por la vía y el último que se tira al costado no se salve. Si lo miramos estrictamente puede ser un juego, pero no apunta a la pulsión de vida y yo sí apunto a ella. No voy hacer juegos de ese tipo. Entonces, ahí si el docente está presente como mediador, administrador y como el tipo que encausa el camino a la vida, a la valoración de la vida humana, vegetal, animal, la que sea. Donde hay situaciones de injusticia, donde hay peligro y pulsión de muerte ahí si intervengo, porque a mí no me gusta y porque yo no enseño eso. No maltrato, no sometimiento, no lastimarse, no hablar mal.

Manuel: Como para desterrar los antivalores de la vida.

Emiliano: Totalmente. Por ejemplo, un alumno dice: "Profe, traje un maniquí y lo quiero pintar de todos colores". "Te aplaudo, empezá y disfrutalo". "¿Puedo ponerme los auriculares y escuchar música?". "Métele nomás, escuchá música y disfrutalo". Y si yo veo que él está comprometido con lo que está haciendo y lo disfruta, yo me siento contento. Porque él está siendo en este tiempo y espacio. Que por ahí en otro momento no lo es. Es muy difícil, claro, aprender a ser en tiempo y espacio, es muy difícil. Pero el que le encuentra la vuelta está... ¿Sabés qué pasa? Hay grupos con los que no tengo ni que hablar, no tengo ni que decir lo que hay que traer para la semana que viene. Ahí lo disfruto, porque el ser humano necesita espacios de libertad y aprobación para poder crear y ser.

Manuel: ¿Y en cuanto a la reflexión? ¿En tus clases aparece? ¿Qué postura te merece?

Emiliano: Sí, aparece, suele aparecer sola la reflexión. Los hechos solos dicen las cosas y siempre dejo un espacio. Por ejemplo, si hubo una situación problemática o alguna dificultad, los junto y digo: "¿Qué pasó?". Esa es mi intervención: "¿Qué opinan de esto?". Y solos lo resuelven y hasta imparten justicia. Y hasta un chico un día viene y me dice: "¡Profe, yo estuve mal!", como si fuese una toma de conciencia. Han pasado hechos violentos que ellos mismos gestionaron, los junté

y ellos mismos hablaban y resolvían el conflicto. Y no es que sea la presencia del docente, sino la coherencia del ser. Es lo que muchas veces falta en las escuelas, coherencia del ser. Siempre busco la autonomía del ser, siempre intento que en mis clases la pasen bien, todo el tiempo. Yo estoy en las escuelas para buscar que esas personas logren sentirse plenas consigo mismas, que digan: “¡Elegí esto!, ¡es lo que quería!, ¡me gusta!, ¡me hace bien!”.

Ser así implica y produce espacio para que la persona hable sin miedos, ya que sabe que vos no la vas a condenar. De alguna manera, cuando yo juego y ellos juegan alrededor mío, llega un momento en el cual no me registran y hablan de cosas que no saben que yo estoy escuchando y de repente me preguntan qué opino yo. Y no es que me convierto en un par, me considero un adulto pleno, como una referencia, una voz más, que ellos sabrán si tomarla o dejarla, y trato de que sea de ellos la elección final.

Manuel: Si llegasen a aparecer hechos de violencia, ya sea por género, por una regla o porque alguien este compitiendo, entre otras, ¿qué posición tomás?, ¿qué les decís a ellos?, ¿qué hacés?

Emiliano: Hay ciertas cosas, sobre todo de ese tipo, que me molestan mucho. Generalmente, llamo a las personas y les pregunto qué opinan de lo ocurrido. Siempre la pregunta la utilizo para que el otro descubra. Siempre pregunto, nunca le doy la resolución al planteo, hay muchas cosas que entran en juego: la familia, los contextos en los cuales viven, no es tan sencillo. Como te he dicho, cuando estoy con ellos soy un adulto sano, que predico la moral de la vida, y esta postura permite que ellos comiencen a expresarse y contar cosas. Y no es que uno separe lo que está bien de lo que está mal, sino que se fijen, que puedan hacer conciencia. Creo que en esta manera de trabajar el conocimiento no viene por la imposición, como resulta comúnmente.

Cuando ellos demandan cosas, como, por ejemplo, si un nene quiere aprender el golpe a manos altas (vóley), le digo: “Traé la red, andá a buscar la pelota, buscá un espacio, un compañero”. Y sucede que, en realidad, no quiere aprender eso, sino que me quiere ubicar en el rol

de docente, como a otros profesores, lo tradicional, el “dame las cosas masticadas”. Fijate que el primer obstáculo, cuando algún/a alumno/a no tiene objetivos claros, es no entender la situación de libertad, de la no imposición, y les molesta que no haya mandatos, posturas firmes, los deja mal parados. Y buscan otra cosa, por lo general, lo que no quiere decir que yo esté ausente, porque de hecho lo estoy mucho, pero de otra forma a la tradicional.

Manuel: ¿Siempre tuviste esta postura en tus clases?

Emiliano: No, me he equivocado mucho, ya llevo más de veinte años en esto, con tropiezos y fracasos. Y reconozco que me he equivocado en el camino. Reconozco que hemos hecho mucho daño. Ceo que lo importante es darse cuenta y poder cambiarlo. El que te cuenta que no ha tenido problemas es de poco creer. Yo siempre digo que, en el espacio de la práctica, y más en los profesorados, nadie te cuenta que un profesor X se equivocó en una clase. Fijate que es raro que las cosas salgan mal en las clases de los profesores, pero ¿por qué? En parte es porque llevan todo planeado, tienen todo controlado, no hay sorpresa ni educación. Yo valoro a las personas que se equivocan en las clases o que salen mal, a mí me han salido mal, y bueno, salió mal, sucede. Porque si no vendemos una fantasía de que todo le sale bien al docente y no es así, o bien si ocurre, el orden lo acomoda con la libreta de calificaciones. Para mí, si el docente está convencido de lo que hace y sabe, no necesita amenaza, ni premios, ni castigos.

Manuel: Hoy me decías que habilitabas siempre el debate. ¿Durante el juego también lo hacés?

Emiliano: Sí. Insisto, me meto cuando hay peligros. A veces sucede que hay injusticias durante el proceso. Por ejemplo, armamos una estructura en el salón, con hilos, telas y demás, y allí podían jugar a lo que deseen. Y un grupo comenzó a romper todo y yo no intervine, porque necesito que el proceso termine, porque tengo que dar lugar a que el otro también lo haga, y a veces hay situaciones de injusticia que no

revisten gravedad y cuando termina recién ahí lo hago, pregunto, reflexionamos. Porque si yo entro antes corto el clima, corto el accionar. Cuando no son situaciones de grave peligro, sino cuestiones menores, que tienen que ver con la enseñanza y donde el otro tiene que hacerse cargo y no el docente. Lógicamente, también depende de la edad y demás cuestiones.

Muchas veces el problema no es ni el juego, ni la situación, ni yo, ni el compañero. Muchas veces se traen cosas desde afuera y pasan en nuestras clases, y se muestran y manifiestan en las clases. Y es ahí donde también me acerco y suelo hablar con ellos.

Otras veces algunos eligen ser excluidos, dejados fuera de un juego, porque es lo que conocen. Y si yo digo “¡Lo dejan jugar a fulanito!”, lo he hecho, a veces me pasa que me convierto en la muleta del pibe. Él ganaba su espacio si yo gritaba y no debe ser así, porque él se tiene que ganar su espacio propio, sino hoy soy yo su salvación y refugio, afuera sus padres o un amigo, pasado su pareja, sus hijos, y no está nada bueno que esto suceda, que se instale en su ser. Por eso digo, hay veces que intervengo, otras no, me equivoco y pienso “¿por qué no intervine en una y en la otra sí?”, no es nada fácil. Hay muchos éxitos y fracasos en mis clases y suelo irme con muchos signos de interrogación que los representan. Porque a veces no reconozco qué salió bien o mal, en otras uno toma una decisión y ellos salen por otros caminos o potencian otras cosas que vos no hubieras pensado.

Manuel: En el mismo sentido, en cuanto al debate y la deliberación, en relación al modo en el cual vienen jugando ellos/as, ¿podés señalarme algún ejemplo más de lo que hacés en este caso?

Emiliano: Sostengo siempre al docente como mediador, como asesor y creo, como una de las características del juego es de ser revelador de nuestra personalidad, que uno juega como vive y eso lo hablo con los/as chicos/as y trato de buscar los caminos para llegar a hacerles ver que hay varias maneras de jugar. Por ejemplo, viene un nene llorando diciendo que nadie le quiere pasar la pelota y que nadie quiere jugar con él. Evidentemente, él tiene alguna cuestión, o sea, algo le ocurre,

y es ahí cuando hablamos y puede ser que pase por otro lado. Esto se relaciona también con que generalmente un grupo se junta por afinidad o la “onda”, solos se regulan con quién jugar y a qué. Inconscientemente se regulan y saben dónde ubicar a cada uno, ya que se conocen.

Manuel: ¿Tratás de equilibrar o poner en horizontalidad cierta relación asimétrica que suele darse en las clases por parte de algún alumno/a en relación a los/as otros/as, siendo que generalmente eligen qué hacer y a qué jugar?

Emiliano: Sí, pero generalmente con el modelo docente que yo planteo “hace agua” ese chico. Porque los/as mismos/as pibes/as dicen: “¿Qué, sos el profesor? ¿Mandás más que el profe?”. Siempre alguien se lo hace saber y cuando detecto algo mayor, sí intervengo e intento regular eso, pero generalmente el grupo solo lo hace, ya que el modelo que planteo lo facilita.

Hay veces que buscan mi opinión, otras no, entonces sucede como una aprobación, legitimación, pero en realidad no siento que sea parte del docente, ellos lo buscan. Creo que tienen que entender el hecho de poder respetar al otro. Se autogestiona, hay que saber darle el lugar. En realidad, porque yo vivo así, naturalmente, entonces ellos lo presienten. Por ejemplo, muchas veces me pongo a pintar o dibujar y arranco con alguna línea y le agrego colores. Entonces alguno se acerca, me pregunta de qué se trata, me saben decir qué color o forma debo agregarle, y muchas veces no sé contarles de qué se trata y ellos ya me conocen y lo respetan, muchas veces se prenden a hacer algo también. Y lo naturalizan, el chico es plástico y sé que es difícil y lleva tiempo que lo entiendan, pero como ven que yo lo disfruto, al tiempo lo comprenden.

Manuel: ¿En otros niveles has probado este tipo de clases abiertas, desestructuradas, innovadoras?

Emiliano: Sí, trabajé en todos los niveles, y cuanto más chicos/as son es más fácil, cuanto más pequeños/as son, trabajo con la potencia de

las metáforas. Por ejemplo, suelo dividir el patio en cuatro cuadrados y les digo que, en uno se muevan como aire, en otro como fuego, en aquel como agua y en otro como amor. Si yo te dijera que te movieras como amor, no te saldría nada, pero no se necesita más explicación que esa y cuanto más chicos/as son, mejor sale. Sucede que cuanto más amplia es la metáfora entra por las yemas, por la piel y se va a todo el cuerpo. Con el adolescente es distinto, se ríen o hasta piensan que estoy loco, pero a mí me gusta, se genera la interrogación y me preguntan cómo soy en mi casa, en mi vida o con mis hijos.

Yo pienso que cuando uno enseña, cuando hablamos, el/a alumno/a no te escucha. Ahora bien, cuando te conoce y te “saca la ficha” recién ahí decide si te escucha o no. Generalmente, el/la alumno/a nunca escucha el contenido. Ahora, cuando utilices una palabra, un gesto o ruido diferente, sí escucha, ya que salió algo distinto, algo que lo sorprendió. Ellos/as te están viendo, todo: cómo te vestís, qué harás, qué sacás de tu cartera. Y se dan cuenta cuando decís algo vacío.

Manuel: Sé que me has dicho que no solés intervenir, pero quiero insistir aún más y que puedas decirme algún otro caso donde sientas que debés hacerlo.

Emiliano: Para que me comprendas, yo intervengo en cuanto mi existencia llega, o sea, en una obra de teatro tiene más potencia llamativa un tipo parado en el escenario que cuatro moviéndose. Seguramente vamos a mirar a los que se están moviendo, pero a los cinco minutos vamos a detenernos a observar al tipo que está quieto. Digamos, entiendo que la sola presencia del docente enseña, eso es lo que estoy queriendo decir, no hace falta ni siquiera hablar, y por mi manera de ser, ellos llegan a describirme a cada docente con lujo de detalles, cómo viven, hasta sus sentimientos, si son inseguros, sus debilidades, todo lo perciben, los imitan. Uno tiene que entender que la sola presencia del docente ya es una manera de intervenir, y si la presencia es una persona formada, instruida, comprometida, coherente con su forma de ser y vivir, no hace falta más nada.

Manuel: ¿Podrías decirme de qué maneras intervenís frecuentemente?

Emiliano: Sí, a través del humor, del chiste y la actuación. Por ejemplo, una vez en una clase de mucho calor y en un patio con mucha tierra, como un talco, yo estaba ahí y venían los/as pibes/as cansados/as y yo también lo estaba, y pensé que algo que tenía hacer, que me naciera, para sacarlos del cuadro de la situación. Entonces agarré y me arrodillé en el suelo, tomé tierra con las manos y la arrojé hacia arriba cantando *"achugueinaaa mamalachi babaa"* (canto metafórico). Y con eso fue todo, ya dio otro plano, se preguntaban "¿Qué pasó acá?". Algo que cualquiera pensaría que no puede pasar en una clase. La sorpresa, la actuación, el humor, por ese lado va. Por ejemplo, me dicen que quieren jugar a la pelota: "¡Listo! Vamos a hacer una entrada en calor y a dar cuatro vueltas, pero ¡jojo, cuenten bien (refiriéndose a los chicos) aunque esta no sea clase de matemática!". Entonces, con eso arranca, digo, esto del compromiso, el humor, la ironía, la actuación. Creo que la no seriedad es lo más serio en la clase, lo que más contenido promueve. Cuando uno rompe esas paredes, aparece lo demás.

Te cuento algo más. He trabajado en un instituto de menores, con causas judiciales y demás, y ahí era todo el día tener que hacer trabajar la sorpresa. De agarrar una sábana, ponérmela en la cabeza y cantar "noche de paz, noche amor" (imitando un canto religioso), y eran las tres de la tarde y medio como que resultaba raro y comenzaban a reírse algunos. Entonces pensaba: "¡Acá hay algo!", y los pibes lo captaban a ese momento, o por lo menos tomaban conciencia de que adelante había alguien, un otro.

Manuel: ¿Conseguirías contarme, si te dejo unos segundos, alguna intervención que hagas y que quizás no hayamos nombrado en el transcurso de la charla?

Emiliano: Por ejemplo, en un momento de mi carrera docente, yo daba recreación en un nivel secundario con orientación en tiempo libre y recreación, y el aula creo que es el espacio más difícil para trabajar hoy con los chicos ya que ciertas cosas no se ponen en evidencia en

ella. El banco los escuda muy bien, o sea, en el banco yo puedo estar con el celular, con un papelito y puedo hacer que te escucho, pero en realidad estoy organizando la salida del sábado, y encima, como son tan astutos, pueden hacer dos, tres o más cosas a la vez incluyendo escucharte a vos. Cuando dicen “los pibes no leen”, yo creo que no es tan así. Leen distinto o bien algo menos, pero su conocimiento se construye paratextualmente o de maneras diferentes a otras épocas.

Por otra parte, yo no trato de que me miren a mí solamente, como para asegurarme la atención, no creo que sea tan importante lo que yo tenga para decir, ni yo me lo creo. Entonces, un día me lo pregunté profundamente e, indagando, llegué a que una persona me diga que existen palabras verdaderas, otras que mienten, que dudan, palabras vacías, o con contenido.

Entonces, a partir de esto, organicé una actividad que tenía que ver con ir a trabajar los sábados a un barrio que ahora es un voluntariado, una asociación civil que armé sobre estos conceptos. Sentía que la escuela no les estaba enseñando a los/as pibes/as, entonces les propuse que los que querrían venir el sábado, que lo hicieran, a jugar con los/as chicos/as de la calle, y eran pibes/as que estudiaban tecnicaturas, talleres y de pronto me decían: “¡Profe, vienen descalzos los nenes!”, “¡No saben ni escribir sus nombres!”. Y ahí todo cambió, ya que se creó una situación verdadera de enseñanza. Quiero decir con todo esto que una intervención clave es sacar a todos/as los/as chicos/as en algún momento de la escuela. Porque el/la pibe/a capta enseguida la estructura de la escuela, la lee y se da cuenta todo lo que sucede, sabe qué puede hacer o no, cómo manejarse con las reglas, las calificaciones, todo. Y ceo que hoy la transitan fácilmente, ya que esta no los cuestiona, no les plantea cosas distintas, no los hace autocuestionarse. El formato lo captan enseguida.

Manuel: ¿Y qué pensás de todo esto en relación al rol de la escuela?

Emiliano: Mirá, en primer lugar no creo que la escuela deba atender a todas las problemáticas, no es tan así. Es un gran dilema. Y segundo, pienso que debe haber varios formatos de escuela, no todo se debe

amoldar a un solo modelo. Pobre y querida escuela, vapuleada, castigada, criticada, una institución sobrecargada de responsabilidades.

Digo que no puede existir una escuela totalmente conforme a mi estilo de no tomar asistencia, que no presenta parciales, que no da apuntes... sería un caos. Lo que sí quiero decir es que dentro de la misma escuela deberían existir diferentes estilos de los cuales el chico vaya enriqueciéndose.

Yo sobrevivo porque la estructura me sostiene. Ahora, suelo hablar con Leo, colega y amigo, y le pregunto qué pasaría si sucede esto en las escuelas, y él, que es optimista, me dice que cambiaría para bien y creo que sí.

Y algo más, yo siempre me replanteo: ¿quién es un buen docente? Bueno, vamos a hacer una prueba, vamos a dar clase en la plaza y que se arrimen los que crean que vos estás hablando o haciendo algo que les puede interesar sin tomar lista o parcial, ni nada. Yo creo que, a las personas interesantes, a los artistas o a los mismos docentes se los escucha porque hay contenido en lo que dicen. Si el ser no tiene contenido nadie lo va a atender.

Yo no sé cuántos docentes se replantean si lo que están haciendo le está sirviendo realmente al alumno, que se pregunten: “¿Yo les estoy enseñando algo significativo? ¿Les queda algo cuando termina el año?”.

Manuel: Me gustaría preguntarte si solés buscar, en algún caso especial, el ejemplo como resolución o reflexión de una situación, o como posible manera de intervenir.

Emiliano: Bueno, cuando se armó la asociación civil, es una asociación que se armó dentro de la escuela. ¿Pero por qué te lo cuento? La asociación civil me permitió llevar a los chicos de campamento, sacarlos por otras cosas, y no lo hago a través de la escuela, ya que esta muchas veces me presenta muchas trabas.

Muchas veces he llevado gente de afuera al aula, personas a las que considero sujetos importantes, o con alguna historia compleja, difícil por contar, historias de vida, y hago que les pregunten cosas, que se interioricen, y creo que suelen aparecer cosas muy lindas, se aprende

mucho, o por lo menos aprenden cosas distintas. Cuando aparece lo distinto, aparecen las inquietudes. Considero que el/la pibe/a se cansa de ver tu cara, tu forma de hablar, de dar clases, más si no le planteás cosas diferentes. Veo que ellos se encuentran tranquilos en ese rol pasivo y que el docente sea quien enseñe. Entonces, cuando les toca ser protagonista se enojan, no quieren, se molestan y molestan. Si llevás algo para que ellos lean, muy pocos lo hacen, y los que lo hacen no saben contártelo, es muy difícil.

Manuel: Bueno, Emiliano, llegando al final me gustaría que tengas esa libertad de poder contar algo de cierre que creas resulte interesante en relación a lo que venimos hablando o bien haya quedado sin traer a la conversación.

Emiliano: Primero, agradecerte. Segundo, soy un tipo que ha estudiado, pero por lo general me cuesta llevarlo a palabras justas y precisas, no por ignorarlas, sino por una cuestión de precisión o será por mi forma de ser.

Uno como docente tiene una, dos o a lo sumo tres esencias que lo caracterizan, y obra a través de ellas. Si uno descubre cuáles son, después los medios para transmitirlos son infinitos. Creo que el docente de vocación realmente lo que enseña es cómo vive, no creo que haya otras cosas. Y tengo cómo comprobarlo, ya que siempre lo estoy experimentando.

A veces pregunto qué se acuerdan del secundario y veo que nadie se acuerda de las células y sus partes, se acuerdan del profe de cívica que venía vestido con un saco y contaba chistes y había otro malhumorado... Y en realidad es porque siempre te acordás de la existencia del ser que tenés delante, pocas veces del contenido. Por eso sostengo que uno enseña lo que vive y uno tiene pocas esencias como te dije, ya que somos seres limitados. Las mías, si me las preguntás, son el amor a la vida y la creatividad. Esos dos pilares son lo único que sostienen mi carrera docente, es lo único que te enseñó, a través del juego, de una charla, de pintar, y eso es lo poco que yo puedo dar, otros tendrán otras esencias. Esas que te nombré hacen el sentido de mis clases. Es un gran trabajo de introspección que se debe hacer. El

docente crítico se piensa, (re)piensa, se siente, y no sé si decir se (re) siente todo el tiempo.

Manuel: Profundas gracias, Emiliano, por tu tiempo y palabras compartidas vinculadas a tu función como docente.